

Arte y mecenazgo indiano. Del Cantábrico al Caribe es una publicación relevante que, al abordar el conocimiento de las causas que llevaron a esas élites a financiar obras de arte y a instituir fundaciones, y al cuestionarse sobre la incidencia de la mentalidad de estos grupos sociales en España, abre una rica y compleja veta en un tema escasamente estudiado en el mundo historiográfico sobre las relaciones América-España.

Johanna Lozoya

Universidad Nacional Autónoma de México

PABLO YANKELEVICH (coord.), *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, México, Programa Universitario México Nación Multicultural, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2009, 308 pp. ISBN 978-607-02-0905-5

Este libro es producto del atinado esfuerzo que Pablo Yankelevich ha venido realizando en los últimos años, con la colaboración de no pocos colegas, en torno al amplio proyecto “Nación y Extranjería en México: 1910-1945”, un proyecto albergado en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Celebro que Yankelevich haya emprendido la coordinación no sólo del libro sino de este proyecto, movido por un interés muy pertinente de colocar de modo más firme, en la agenda de la investigación y del debate en nuestro país, el historiar y el reflexionar sobre la nación moderna y las ideas y creencias que la sostienen, desde una perspectiva que sigue siendo, por lo menos en América Latina, innovadora. Ésta consiste en combi-

nar la visión socioeconómica y política tradicional con otra visión fundamental: la de la construcción de la identidad nacional o del intento de homogeneidad identitaria nacional. Una visión siempre cargada de contenidos étnico-raciales, religiosos, culturales y de prejuicios de múltiples tipos con los que las naciones modernas se han ido construyendo en torno a los imaginarios de Estado y colectivos y a las políticas y las prácticas de inclusión-exclusión.

Desde esta perspectiva, tanto el proyecto como el libro *Nación y extranjería* se insertan en una reflexión abierta en México en forma más insistente y sistemática hace apenas unos 15 años por un pequeño número de académicos de diversas disciplinas, al que afortunadamente se suman cada vez más jóvenes académicos y estudiantes. En este pequeño grupo, que se ha ido conformando de maneras aleatorias y no planificadas, se empezó a dibujar en los años noventa una inquietud central: ¿cómo explicar el carácter a la vez tan progresista y tan excluyente del México del siglo XIX y mediados del XX, viendo esta pregunta desde una perspectiva político-cultural en la que no se teme tocar algunos temas tabú en nuestro país, como pueden serlo el racismo y la xenofobia?

Dentro de los grandes fenómenos que en el imaginario colectivo simbolizaron, desde la perspectiva aquí considerada, el carácter progresista que nuestro país tuvo, por lo menos durante la primera mitad del siglo XX, dentro del concierto de las naciones, podemos mencionar dos: la ideología mestizófila e indigenista del Estado mexicano posrevolucionario —que ha sido vista tradicionalmente como enemiga del racismo científico europeo basado en la pureza y limpieza de la sangre y de la etnicidad— y la política de asilo del México posrevolucionario, que se extendió por lo menos hasta los años setenta y que era internacionalmente famosa por su generosidad.

En esta misma línea de pensamiento, dentro de los grandes y no menos importantes fenómenos que simbolizan una profunda negación de lo progresista citaremos dos: el primero, la cada vez

más probada imposibilidad de quienes pertenecen a los diversos pueblos indígenas de acceder al estatus de ciudadanos. Este fenómeno, lo sabemos, ha sido histórica y ampliamente analizado desde la perspectiva del fracaso de las políticas identitarias nacionalistas e indigenistas que, por mestizófilas, negaron la multiculturalidad y la pluriétnicidad del país. Pero no es sino hasta hace muy poco que se ha empezado a analizar este fenómeno desde una plataforma de reflexión innovadora que se ha atrevido a tocar algunos aspectos desmitificadores, tradicionalmente prohibidos no sólo en la esfera oficial sino incluso en la académica: el estudio y análisis del carácter racista de la política cultural mestizófila de Estado a la que la sociedad se amoldó, tendiente a la subsunción de las muy diversas identidades originarias diferenciadas que alberga nuestro territorio. El segundo, el tema sobre el que *Nación y extranjería*, en la pluma de sus 10 brillantes autores y autoras, arroja una considerable cantidad de luz: las políticas migratorias fundamentalmente restrictivas y discriminatorias que México desarrolló, entre los años veinte y los años cincuenta del siglo xx. Un tema que, como afirma Luz María Martínez Montiel, muestra otra “de las flaquezas de la antropología mexicana: el haber descuidado una indagación a profundidad sobre el lugar que ocuparon las minorías étnicas extranjeras en el proceso de conformación de la cultura nacional” (p. 12). En este libro se puede ver cómo coexistieron en este sentido tres realidades paralelas: 1) la creciente emigración de muchos mexicanos hacia Estados Unidos, emigración que muchas veces ha tenido un efecto de bumerano, con el que no se ha sabido bien cómo lidiar; 2) la necesidad de México, compartida en ese momento con muchos países subdesarrollados, de poblarse y desarrollarse gracias en parte a la inmigración, y 3) la respuesta de nuestro país ante las peticiones de ingreso a su territorio de migrantes de diversas poblaciones que, en distintos momentos, necesitaban dejar sus respectivas latitudes por razones económicas, políticas, de discriminación

étnico-racial o bélicas; migrantes cuyas características socioeconómicas y cuyas identidades diferenciadas fueron vistas por los mexicanos bajo el tamiz de su propio imaginario racial, étnico y político y, por consiguiente, bajo el filtro de sus propios miedos de la otredad y de sus propios prejuicios y estigmas acerca de ella.

Además de hablar de México, país al que este libro está dedicado de modo predominante, *Nación y extranjería* fue pensado y estructurado con el propósito de —cito a Yankelevich— “contrastar la experiencia mexicana con lo acontecido en otros países iberoamericanos [Argentina, Brasil y Cuba], cuyas políticas migratorias estuvieron atravesadas por una preocupación común: constituir y proteger una identidad nacional, lugar imaginario donde se depositaron supuestas fortalezas o debilidades de naciones amenazadas por extranjeros indeseables” (pp. 17-18).

Creo no equivocarme si digo que en este libro el texto pivote alrededor del que giran los demás es el excelente trabajo de Tomás Pérez Vejo, “La extranjería en la construcción nacional mexicana”. No fue por casualidad, me parece, que Pablo Yankelevich colocara este texto exactamente en medio de todos los demás, ya que nos presenta la historia de las contradicciones inherentes a la compleja construcción identitaria mexicana a lo largo del siglo XIX. Estas contradicciones, tan profundas que llegaron a ser casi esquizofrénicas, eran muy características de México y no eran de ninguna manera compartidas por las otras tres naciones estudiadas en este libro. Sin embargo, como el resto de los textos lo demuestra con creces, a pesar de ello, las políticas de los cuatro países considerados en torno al otro extranjero acabaron confluyendo en el siglo XX.

Permítaseme por ello detenerme brevemente en este texto: “en el caso de México había [desde antes de la independencia] una etnia mítica, constituida por los indígenas mexicanos en general y por los aztecas en particular, que era el sustento real y último de la nacionalidad, el México auténtico y profundo al que la nación debía ser fiel” (p. 150). Éste es un modelo de construcción nacio-

nal que de ninguna manera aparece en los textos de Lvovich sobre Argentina, de Tucci Carneiro sobre Brasil y de Naranjo Orovio y Pettiná sobre Cuba. Un modelo —vuelvo a citar a Pérez Vejo— “lleno de contradicciones, entre otras y no la menor, que fue llevado a cabo, casi de manera absoluta, por unas élites criollas y, sobre todo, racistamente blancas, [convencidas] de que el futuro de México pasaba por un proceso inmigratorio capaz, a la vez, de explotar los inmensos recursos naturales del país y, en contradicción con la apuesta por una etnia mítica indígena como sustento de la nacionalidad, de blanquear a la ‘inferior’ raza indígena”(pp. 151-152). Y, añade el autor, “para que la contradicción fuese aún más flagrante, fueron los ‘liberales’ [triunfadores en las grandes confrontaciones políticas nacionales de mediados del siglo XIX a 1940] [...] los más biológicamente racistas y los más firmes partidarios de una política inmigratoria capaz de mejorar (o sea blanquear) el pool genético de la población mexicana” (p. 151).

La forma clara en la que Pérez Vejo expone esta contradicción intrínseca mexicana explica cómo han coexistido en México dos fenómenos aparentemente opuestos pero que finalmente revelan ser más compatibles que lo que el imaginario colectivo pudiera pensar: 1) el carácter aparentemente progresista, no racista y no excluyente, de las políticas culturales del México posrevolucionario frente a las otredades étnico-raciales internas y externas, algo que no encontramos ni en Cuba ni en Brasil ni en Argentina, y 2) el carácter racista y xenófobo del trato que el México de la primera mitad del siglo pasado dio, respectivamente, a sus otredades internas y a las otredades que venían de fuera del país. Un trato que sí lo amalgamó, en términos de exclusión, con los otros tres países aquí analizados.

Lo amalgamó, sí, aunque por caminos diferentes a los que ellos siguieron. En ellos ese trato estaba abierta y transparentemente amparado en creencias, ideologías, prejuicios y estigmas traducidos a leyes y decretos oficiales. En México lo estaba en circula-

res confidenciales, que transitaban entre las oficinas de gobierno en forma no oficial sino subrepticia y escondida. Cosa que queda expuesta en los textos de Yankelevich y Paola Chenillo, de Martha Saade y de Daniela Gleizer, y que se prestaba a toda clase de arbitrariedades y corruptelas de las autoridades involucradas, que de ninguna manera favorecían en términos generales a los representantes de las otredades diversas. Lo “confidencial” de estas normas migratorias parecería indicar que el concepto de mestizaje en el que el México revolucionario basaba su esencia nacional fue construido en la práctica de tal manera que abrigaba más contradicciones que certezas acerca de la fuerza y la estabilidad de la identidad nacional a la que cobijaba y daba fundamento.

Si resumimos lo esencial de los textos de Yankelevich y Chenillo sobre México, de Lvovich sobre Argentina, de Tucci Carneiro sobre Brasil y de Osorio y Pettiná sobre Cuba, vemos en este libro lo siguiente:

Argentina, concluyó el siglo XIX y empezó el XX con un discurso extremadamente abierto sobre la inmigración. Se convirtió en esos años en el país de mayor inmigración en todo el subcontinente latinoamericano. Recibió sobre todo a italianos pero también a otros, incluyendo, a pesar de las reticencias de muchos argentinos al respecto, a algunos grupos judíos rusos sometidos entonces a las crueldades de los *pogroms*. Las autoridades migratorias los obligaban —sólo a ellos, a nadie más— a pasar por las desinfecciones obligatorias a su llegada a territorio argentino, porque se les creía portadores de tifus [p. 31]. Conforme empezó a avanzar el siglo XX Argentina fue endureciendo sus condiciones de ingreso al país, un endurecimiento marcado fundamentalmente por la derechización de sus gobiernos, que no querían que fueran entrando al país personas que vieran a la sociedad en términos de “la lucha de clases”. Este país llegó a incluso a introducir en su legislación migratoria, normas que marcaban que cualquiera que tuviera problemas en su país

de origen con sus autoridades respectivas no debía ser admitido en suelo argentino. Así, las autorizaciones de refugio, de asilo, a por ejemplo los republicanos españoles durante los años treinta fueron prácticamente restringidas, así como las de los judíos, vistos entonces básicamente como portadores de ideas de izquierda. Ello sin importar las condiciones desesperadas en las que ambos grupos estaban entonces viviendo en sus lugares de origen. Argentina se fue convirtiendo tristemente así en un territorio de refugio para los falangistas españoles y para no pocos nazis alemanes y colaboracionistas de otros países europeos. Y, concluye Lvovich su ensayo, muchos de los inmigrantes que entraron al país hasta 1950 lo hicieron en formas irregulares, que pasaban al margen de la legislación en la materia.

En Brasil, desde antes de que se aboliera la esclavitud (1888) las élites, formadas en las ideas raciales del “darwinismo social”¹ europeo, empezaron a discutir la conveniencia de reemplazar la mano de obra provista por los negros por una inmigración china. Sin embargo, los fuertes prejuicios francamente discriminadores de dichas élites contra los asiáticos obstaculizaron este proyecto y condujeron a pensar más bien en las ventajas de alentar la inmigración europea. Esto, como lo escribe Tucci Carneiro, basándose en “la idea de que Brasil era un país mestizo en transición, [pero caracterizado por un mestizaje calificado como “peligroso”] compuesto por la mezcla de múltiples razas, pero constituida a partir de una masiva presencia de negros [...]”, explicaba el atraso de la nación” (p. 63). Para los años veinte del siglo pasado Brasil ya llevaba más de tres décadas con un discurso político y médico y con unas prácticas migratorias fundadas en las ideas eugenésicas trasnochadas de Europa, y dejaba ver con cla-

¹ El concepto “darwinismo social” me parece incorrecto porque vulgariza el darwinismo y hace una supuesta adaptación de éste a lo social sin comprender la teoría de la evolución.

ridad que “el ideal del blanqueamiento —de la inmigración ahí llamada ‘rica en eugenismo’— era parte fundamental del proyecto étnico-político del estado brasileño” (p. 68). Se fue derrumbando así “la idea idílica de un Brasil hospitalario con todas las etnias”, muchas de las cuales eran calificadas como poseedoras de “un eugenismo poco elevado” (p. 69). Por otra parte, aunque la población negra ya no era esclava, no se previó integrarla al régimen de trabajo libre, por lo que “esa población, segregada [así] en un mundo pobre en oportunidades —escribe Tucci— [...] prefirió identificarse con el proceso de blanqueamiento de la población que con su propia negritud”; un fenómeno que ha persistido hasta nuestros días, negando el racismo antinegro brasileño y disfrazándolo tras las políticas míticas de los años treinta conocidas como “la democracia racial”. Unas políticas que fueron acompañadas, durante el gobierno de Getulio Vargas (1930-1945), por una sistemática campaña contra negros, judíos, gitanos, sirios, polacos y rusos (p. 72). Al final, el creciente conservadurismo político, parecido al argentino, de los gobiernos en Brasil, acabó, en los años cuarenta, con Getulio Vargas en el poder, adscribiéndose básicamente a la intolerancia étnico-racial y a un “proyecto étnico-político inspirado en el racismo de los regímenes nazi-fascistas que alimentaban la idea y las prácticas de la homogeneidad racial”.

México por fin empezó el siglo xx con un discurso migratorio que no parecía ser excluyente. Sobre todo después de la Revolución, México empezó a hablar del mestizaje, desde el discurso oficial, desde una óptica diferente a la brasileira: la óptica de ensalzarlo, no de condenarlo, y de ensalzar las raíces indígenas del mismo, no de considerarlas “peligrosas”. Sin embargo, como lo dicen Yankelevich y Chenillo, nuestro país no igualó nunca las cifras de inmigrantes que citamos líneas arriba en Argentina y Brasil. Entre 1928 y 1932, por ejemplo, las cantidades de migrantes que México recibió no excedieron 0.1% de la población total

de la nación. En México no fue sino hasta 1926 que una ley migratoria fue promulgada, y en ella, discurso mestizófilo mediante, se habló de razas que eran “inasimilables” a México, incompatibles para fundirse en el crisol mexicano del mestizaje. La razón de esto, se argüía, era que “se ha llegado a comprobar científicamente que producen una degeneración en los descendientes”. Entre ellas estaban las conformadas en forma notoria, como lo atestiguan en este libro los trabajos de Marta Saade y de Daniela Gleizer, por los negros y los judíos.

Los negros porque eran considerados como “racialmente inferiores”, “laboralmente ineptos”, “incapacitados para convertirse en verdaderos ciudadanos” y “peligrosos para la población indígena nacional” (pp. 237-238). En pocas palabras, el núcleo de la argumentación de múltiples circulares confidenciales contra la inmigración negra a México fue que en el modelo de nación que México había adoptado “el mestizo no es de color” (pp. 245-246).

Los judíos porque eran considerados, como lo planteaba la famosa circular número 157, de 1934, como formando parte de aquellos grupos “cuya mezcla de sangre, índice cultural, hábitos, costumbres, etcétera, los hacen ser exóticos a nuestra psicología” (p. 254); incompatibles, nuevamente, con nuestro mestizaje indoespañol. Fue por ello que a medida que avanzaba la primera mitad del siglo xx fueron ingresando al país cada vez menos judíos, cosa que se volvió dramáticamente notoria cuando estalló la segunda guerra mundial. Sobre todo, cuando en el mundo se empezó a saber con claridad que “la solución final”, el exterminio metódico de los judíos, había sido decretada y puesta en marcha por los nazis. Aun en esos años, México no aceptó ninguna solicitud de inmigración o de refugio para los judíos perseguidos, y en la argumentación que se esgrimía para ello curiosamente no pesaba en casi ningún momento —salvo por el caso de 100 niños judíos huérfanos que sí fueron admitidos— un criterio humani-

tario.² Asunto dramático que no puede dejar de llamar la atención en este país en el que apenas unos años antes, y a diferencia de los derechistas gobiernos argentino y brasileño, el presidente Cárdenas, era el representante del socialismo de la revolución mexicana. Por ello, sin miedo y con orgullo les abrió grandes las puertas de México a los republicanos españoles refugiados de la cruenta guerra civil en su país, así como al comunista y judío León Trotsky, el gran perseguido del planeta tanto por las derechas como por las izquierdas estalinistas.

Esa tan loable y lúcida generosidad cardenista es la que se ha quedado en el imaginario social mexicano como emblema de nuestra política de inmigración, refugio y asilo. Sin embargo, al margen de los dos casos a los que claramente benefició, lo que en realidad estaba ocurriendo en forma paralela en nuestro país era que —concluyen los especialistas en este libro— México, a partir de 1935 y por cuatro décadas, entró en una fase que los especialistas han llamado de “puertas cerradas” a la inmigración. La legislación en la materia priorizó las políticas internas poblacionales y la repatriación de emigrantes por encima de la inmigración extranjera, además de restringir y controlar mucho las actividades profesionales y económicas de los extranjeros ya residentes en el país. Por otros caminos, pero llegábamos a lo mismo que nuestros hermanos brasileños y argentinos.

Para concluir, y como lo escribe Pérez Vejo, “en el México pos-revolucionario fue imposible ya mantener por más tiempo un discurso esquizofrénico en el que la exaltación del pasado indígena como fundamento de la nacionalidad convivía con un racismo exacerbado que vilipendiaba y rechazaba todo lo que tuviese que ver con los indígenas” (p. 178). Como lo escribiera Justo Sierra

² Algo nada distinto de lo que pasó tanto en Argentina como en Brasil en el mismo momento, país este último donde además proliferaron en esos años “publicaciones antisemitas” (p. 84).

antes de la Revolución, “el mestizo era el héroe colectivo de la historia mexicana” (p. 179). El problema, añade Pérez Vejo, era que “el extranjero en el México revolucionario y posrevolucionario ya no podía ser parte de la nación porque era la negación de ésta” (p. 181). Sólo que curiosamente este rechazo del extranjero, que es por lo tanto xenófobo, no lo es por las razones por las que por tradición unos pueblos rechazan a otros, y que están conformadas por su convicción acerca de su propia superioridad. No, y esto es un aporte interesante de este libro, lo es por la razón inversa: porque hay que defender una raza que, antes de que realmente se convierta en la “raza cósmica”, es en verdad aún débil, y más frente a unos extranjeros que pueden aprovecharse de su debilidad (p. 181). ¿Qué más prueba de ello —plantea Pérez Vejo— que los tres siglos de conquista en los que los españoles, ricos y poderosos, se aprovecharon de los pueblos mesoamericanos? Se instala así en México, concluimos con este autor, “una especie de relación amor-odio con el extranjero, en la que la xenofobia y la xenofilia se convierten en poco menos que en dos caras de la misma moneda” (p. 183). Ello, combinado con el carácter profundamente progresista de las herencias que le dejó al país la revolución mexicana en sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales, y combinado con nuestra vecindad con Estados Unidos, al que muchos de nuestros conciudadanos huían ya en masa buscando mejores condiciones de vida, hizo que nuestro país fuese tan distinto —diferencia que hemos mitificado— y a la vez tan similar —similitud que hemos negado— a muchos otros países del mundo, en esos años que concluyeron hace poco más de medio siglo.

Olivia Gall

Universidad Nacional Autónoma de México